

quizá el lector busque de modo intuitivo. Hay una razón suficiente y necesaria para esa disparidad: los hábitos inferiores, que se tratan en la parte 2, son más numerosos que los hábitos superiores, que se tratan en la parte 3.

Dado que el estudio de los hábitos sigue un orden ascendente, la importancia real de los capítulos sigue un orden inverso. De este modo, son más relevantes los capítulos de la tercera parte que los de la primera. Este mismo esquema se sigue para cada parte, donde vuelve a apreciarse el carácter ascendente y relevante de los hábitos que se tratan de acuerdo con el orden jerárquico que establece Tomás de Aquino. Apreciar esta relevancia es posible por el carácter sistémico de los hábitos, bien sean adquiridos o innatos.

La extensión del libro puede llamar la atención: 26 capítulos y 665 páginas. El propio autor señala que la procedencia de los capítulos tiene dos vertientes: ocho capítulos elaborados exclusivamente para la confección de este libro, que se encuentran en la segunda parte y responden a “El hábito abstractivo y los hábitos formales”, conformado por cuatro temas y “Los hábitos de la razón teórica”, compuesto por los capítulos 10 a 13. Los otros 18 capítulos han sido recopilados de diversos escritos ya publicados, presentando correcciones y añadidos. No está pensado, a mi modo de ver, como un manual sino como un libro de consulta que el profesor y el alumno han de tener y poder acceder al él con relativa frecuencia. Si la educación lo es de personas y éstas crecen mediante los hábitos y las virtudes, la com-

prensión de los hábitos es clave para cualquier tarea educadora, bien sea desde el punto de vista teórico fundamentando el saber educativo, bien desde el punto de vista práctico en la medida en que los hábitos son ineludibles en la formación de las personas y en su propio *ethos* profesional.■

ALFREDO RODRÍGUEZ SEDANO

Rf015

Virtudes para la convivencia familiar. Vivir unidos y dejar vivir

David Isaacs
EUNSA, Pamplona, 2008, 104, pp.

Este libro se enmarca en la educación familiar tratando una serie de aspectos concretos. Está estructurado en cuatro capítulos que se corresponden con una introducción y la consideración de tres virtudes, la prudencia, la paciencia y la generosidad. El estilo del autor permite una lectura ágil que recorre la fundamentación de los contenidos expuestos con las palabras precisas, ni más ni menos, relacionando la teoría con la realidad con un procedimiento acertado. El equilibrio está logrado entre un esfuerzo especulativo y una tarea de divulgación.

En la introducción el lector puede encontrar un contenido más sustancioso que lo que suelen ser las típi-

cas introducciones de los libros. De una forma amena, a través de treinta y cuatro páginas preliminares podemos comprender qué es una familia unida. Para botón de muestra del interés de estas afirmaciones entresacamos algunas ideas centrales respecto a este tema que tanto preocupa en la actualidad. La unidad de la familia que se fundamenta en el matrimonio y no se equipara a la uniformidad entre sus miembros surge como consecuencia de compartir valores en común, valores constitutivos y esenciales que permiten contribuir a que los miembros de una familia puedan crecer. Entre los valores deslumbra uno: el crecimiento personal de cada miembro de la familia. Ese comparar valores no es una disposición sólo intelectual que permite adoptar decisiones para actuar, sino que también es afectiva. Para participar de los mismos valores es preciso “realizarlos” mediante actividades en común. Estas vivencias configuran la cultura familiar: “La forma habitual y tradicional de pensar, de sentir, de decidir, de actuar y de reflexionar sobre el futuro y al enfrentarse con los problema que se le presentan” (p. 36). Lo más importante para mantener la unidad es el interés de los unos para ayudar a los otros a mejorar integralmente.

En el segundo capítulo, David Isaacs explica cómo la prudencia es una virtud central para la unidad y convivencia familiar. En pocas líneas presenta a esta virtud: es el hábito operativo bueno que nos permite descubrir los valores, establecer el término medio de las otras virtudes y adoptar las decisiones acertadas. Desde esta breve consideración

práctica pasamos al terreno de la vida familiar con dos aspectos operativos de la prudencia: la toma de decisiones y la necesidad de equilibrar autonomía personal y responsabilidad con los otros miembros de la familia. A estas alturas de la lectura sobresalen consejos “prudentes” sobre qué pasos hay que seguir para abrazar las decisiones adecuadas y sobre qué márgenes ha de situarse la autonomía de cónyuges e hijos. También advertimos algunas referencias a los desacuerdos y conflictos. Como ya advertía el autor al comienzo del capítulo, la vida familiar es lo suficientemente entretenida como para dejar poco tiempo para pensar, y esto es lo que se precisa para ser prudente, reflexionar sobre qué queremos para la familia y cómo pretendemos conseguirlo.

La segunda virtud destacada para la vida familiar es la paciencia. En este tercer capítulo se recuerda una experiencia habitual: lograr una familia unida no es fácil y sobrellevar las dificultades para alcanzar esa unidad desarrolla la paciencia. En un contexto social en el que prima la presión para obtener resultados inmediatos, la dinámica familiar y la educación requieren saber esperar los beneficios a largo plazo. Hay que darse tiempo para mejorar y dar tiempo a los otros para que desarrollen virtudes. La serenidad para pensar esta realidad humana constituye un requisito imprescindible de la vida familiar. Además otras disposiciones acompañan a la actitud paciente: el autocontrol de las pasiones, el respeto y aceptación de los otros, la seguridad afectiva, la motivación por el valor. Estas cualidades se viven de diferente

RECENSIONES

TODOS EDUCAMOS MAL...
PERO UNOS PEOR QUE
OTROS

modo según la edad y suponen un ejercicio diverso según la condición de ser padres o hijos. Los ejemplos aportados en este apartado resultan elocuentes para comprender cómo educar con paciencia y cómo educar en la paciencia.

Para coronar la publicación, el capítulo final versa sobre la generosidad. La unidad familiar se sostiene en la entrega mutua y ésta radica en la generosidad de sus miembros, en que sean capaces de entregar “todo lo que uno posee y entregarlo a la persona adecuada en el momento oportuno” (p. 91). Esta capacidad se desenvuelve siguiendo dos pasos: valorar lo que se posee y valorar las necesidades de los demás. Los actos de generosidad se concretan en dar cosas, en dar tiempo –en cantidad y calidad– pero sobre todo en darse. Uno de los principales actos de generosidad en las relaciones familiares es el perdón que manifiesta gran seguridad y gran deseo de servir a los demás. El autor nos ayuda a discernir los actos de generosidad auténticos de otras actuaciones en las que podemos buscar contraprestaciones más o menos encubiertas de las otras personas. Esta realidad es adaptada a la familia en la que lo difícil es tratar a cada persona como necesita y conciliar con equilibrio las acciones en y fuera de la familia. Por último rescatamos una idea profunda con la que se termina el libro: crecer en generosidad no es opcional sino que es fundamental para que las personas lleguen a su plenitud. El autor no esconde su objetivo sino que lo expone con claridad: ayudar a los padres de familia para que mediten sobre su actividad y la mejoren en la medida de las posibi-

lidades. No obstante estas reflexiones pueden ser de utilidad a un público más amplio: a todos aquellos interesados en un tema tan central como la familia de la que depende la felicidad de las personas, y especialmente a los educadores que por un motivo u otro acaban entrando en contacto con las familias. Esta publicación muestra el buen quehacer pedagógico de David Isaacs y enlaza con algunos de sus títulos como: *La educación de las virtudes humanas* que ya ha superado con creces la décima edición.■

AURORA BERNAL MARTÍNEZ DE SORIA

Rg015

Todos educamos mal... pero unos peor que otros

Tomás Melendo Granados
EIUNSA, Madrid, 2008, 221 pp.

Todos educamos mal... pero unos más que otros. Con el título de este libro, el autor sabe captar con sencillez la atención de aquellos interesados en cuestiones que atañen a la educación de los hijos o de los alumnos. Con ello viene a recordarnos a los adultos que no estamos exentos de la ignorancia, la torpeza, la inexperiencia (a pesar de los años acumulados) o del error cuando tratamos, casi siempre de modo bienintencionado, de “educar” a nuestros jóvenes. Esta idea sobre la torpeza o la posibilidad de